

filomarxistas. In illo tempore, las mutaciones significaban progreso. El Punto Omega que el filósofo jesuita señalaba como meta del hombre ya se alcanzó, en todo caso, en otra época de la Historia. A partir de ese momento (situado cuando la sensibilidad y la moral aún eran clásicas), y teniendo en cuenta que el Universo, tanto físico como moral, es cíclico, todo avance no significa otra cosa que retroceso. Ineluctable, por lo que Villalonga decide mostrarse conformista admitiendo la existencia terrenal tal como se presenta y procurando extraer de la tragedia una sonrisa. El narrador de *Andrea Vértiz* (2) procura, haciendo de tripas corazón, seguir la misma norma de conducta, aunque los resultados ya son más dudosos. Este narrador inicia, en 1965, una cura de congelación que ha de despertarle, ochenta y cinco años más tarde, con un 50 por 100 de reducción en su edad de sesenta. El nuevo alumbramiento se produce en un lugar fácilmente identificable como la Palma de Mallorca que Villalonga se imagina para entonces: una isla muy parecida a la actual, salvando las distancias y exageraciones impuestas por la imaginación y la voluntad satírica que anima a nuestro autor. Por supuesto, toda acentuación se hace en sentido negativo: ahora las cosas van mal, no hay que decirlo; pero esto es gloria comparado con lo que sucederá entonces (un entonces que en realidad es ahora, virtudes de saber manejar la máquina del tiempo). El obispo de Pamplona se verá (¿o se ha visto?) obligado a condenar a unos curas que proclamarán «no rezar el rosario con objeto de sentirse más cerca de los hermanos separados». Los problemas de tráfico, contaminación, falta de espacios en las grandes ciudades, tiene una solución fácil, como la del huevo de Colón:

suprimir los automóviles, cosa que no se hará hoy ni entonces (¿por culpa de Teilhard y otros filomarxistas, tal vez?). Para entonces, Hitler y Lenin serán dos nombres evocados con nostalgia, como ejemplos del mal personalizado, y no anónimo como el que sufriremos, viviremos, en un régimen filo-comunista donde nos sentiremos, nos sentiremos, indiferenciados. La Medicina, al socializarse, se despersonalizará, perdiendo su eficacia. (¿Hay que decir que Villalonga es médico?) Pero la Historia seguirá su curso, mal que pese al marxismo, que tiene la desfachatez de llamarse progresista. Para entonces (y aquí sí que a Villalonga se le ha ido la mano), España estará incorporada a los Estados Unidos de Europa y no a los de América, como ahora. Las hambres que se sufrirán entonces no serán como las sufridas por los súbditos de Luis XVI, por ejemplo, que fueron hambres artificiosas y fomentadas por los enemigos de la Corte, sino auténticas hambres provocadas por el culto a las máquinas, cuya construcción consume las energías que deberían emplearse en cosas más lógicas y morales, tales como la religión, el arte y la contemplación de la Naturaleza, genuinas metas de las apetencias humanas. Las teorías funcionales de Le Corbusier nos llevarán a vivir en casas cuyas paredes tendrán sólo dos centímetros de grosor. Así le hubieran colgado a tiempo. En definitiva, se habrá perdido para siempre la libertad de antaño. Y a menos que se produzca una mutación, en la que los hijos de incubadora propugnados por el Estado marxista sean capaces de sobrevivir al maquinismo inhumano y a la promiscuidad sexual y de sustentarse con piedras, incluso el hombre desaparecerá de la faz de la Tierra.

No hay que decir que el estilo de Lorenzo Villalonga es clásico, de un clasicismo que arranca en Stendhal y se enriquece en Proust. Los

contenidos formales de la obra de Lorenzo Villalonga resultan, por tanto, mucho más sugestivos y convincentes que sus contenidos morales. ■ MARTIN VILUMARA.

Tirso de Molina, o los laberintos del deseo

El escritor Antonio Prieto ha tenido la feliz idea de reunir en un tomo «Marta la Piadosa» y «El Burlador de Sevilla» (1). Feliz por dos razones, «Marta...» y «El Burlador...» son dos obras complementarias, y Tirso de Molina es todavía, como todos los clásicos españoles del Barroco, un autor sin explicar —o mal explicado— en los claustros y desconocido de ese público al que, en hipótesis, debe abordar una colección de bolsillo.

Con «Marta la Piadosa», y sobre todo con «El Burlador de Sevilla», inicia la literatura dramática española el drama del personaje doble, complejidad metafísica del ser que desgarró el existir hispano en los orígenes de una concepción (2) española de la vida y de la Historia. Y punto de partida de una literatura conflictiva que afectaría desde la novela inglesa —Stevenson— hasta el drama germano —Goethe—. La dialéctica de la noche y el día, el hombre viviendo la pugna del caos liberador que le domina y empuja a la acción, y el orden luminoso del dogma que acata y le oprime. Toda la literatura española de la época es el testimonio de esta dualidad —los ejemplos sobran— que establece el

(1) «Marta la Piadosa» y «El Burlador de Sevilla», de Tirso de Molina. Introducción, edición y notas de Antonio Prieto. Novelas y Cuentos. 1974.

(2) Más que concepción, vivencia, manera de sentir la vida, condicionamiento histórico del que no se pudo escapar nadie en la España que arranca con los Reyes Católicos.

conflicto entre la realidad y el deseo.

La historia de Don Juan es un largo viaje del deseo, en el que el hombre se despoja de su identidad («Ah, cielo! ¿Quién eres, hombre?», «¿Quién soy? Un hombre sin nombre») y recorre durante la noche todos los laberintos de su pasión prohibida. Don Juan no es un mito amoroso —así han querido verlo los europeos—, porque el amor es un ejercicio espiritual para cura de la soledad de dos seres o una superestructura cultural y religiosa del deseo, que lo trasciende —posesión (del ser amado), reconocimiento (del uno en el otro), narcisismo, independencia— y confiere a la persona Estado —matrimonio, procreación—. De este error de principio nace el tormento —Bergamín dixit— que Don Juan ha sufrido en Europa. El libertino en la interpretación italiana de Cicognini, el ateo intelectual de Molière, el malvado del holandés Fuyter, el fantasmagórico y demoníaco Don Juan del inglés Shadwell, la erótico-freudiana versión de Byron, el melancólico burlador de Mozart y Da Ponte, ejemplifican la metamorfosis de un mito jamás entendido. Dejo aparte a Zorrilla (3), que también concibe Don Juan como drama de amor, pero tiene el valor de enfrentar el héroe a Dios, a través de su esposa e hija, doña Inés, y da a la muerte de un mito profano una coherencia insospechadamente sacra.

Nadie se ha percatado de que en el Deseo está la clave de Don Juan, y esto justifica que nunca necesite trascender en la mujer. El deseo se apaga una vez consumado el placer, y repetir con la misma hembra puede contaminar el deseo de otras

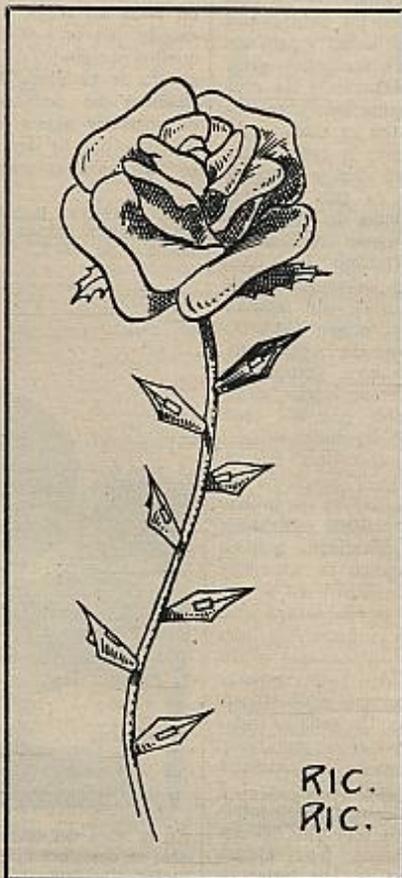
(3) Y me olvidé de la superficialidad de Villiers, de la blandura de Goldoni, de esa obra extraña que escribió Pusckin y de esa cursilada que escribió Max Frich.

cosas. Don Juan se complace de deseo y burla. Deseo que se satisface burlando la honra, peculiar modo español de entender el honor como valor del linaje y no de la persona —ver Américo Castro, «De la Edad Conflictiva», que convierte a la mujer en depositaria fecundadora de la honra, y, por lo tanto, en objeto de transacción marital estrictamente controlado por el padre. Sabido es que Don Juan burla al padre a través de la hija. Y en esta burla —que se goza como encarnación del deseo que es— adquiere notoriedad la burla, pero no el burlador, de identidad camuflada. La lista de mujeres conquistadas por Don Juan no es una idea española, no está en Tirso. Aparece por primera vez en Italia, que siempre ha asociado Don Juan a Casanova, y de la Comedia del Arte la recoge Molière, y después, Zorrilla.

El Deseo —lo insaciable absoluto— atravie-

sa todos los meandros del laberinto, que es el mundo de la realidad y la moral, y acarrea la muerte del otro «yo» de Don Juan —que pertenece al linaje de los Tenorio, hijo del valido del Rey, hombre del sistema— cuando su «yo» clandestino le sitúa en el final del laberinto, frente al Convidado de Piedra, que por ser de piedra es el final inexplicable, el dogma indiscifrable, nueva encarnación de los misterios del minotauro, el dragón de San Jorge, el cachalote blanco de Melville, la última puerta del Castillo de Kafka, la muerte del deseo y de toda la utopía humana. Don Juan es el Deseo, no una persona, ni siquiera un personaje. Es un Comportamiento. Y, por tanto, un mito.

Así lo entiende Bataille, hombre lúcido e inquietante, que dice: «El parloteo fútil —psicológico— a propósito del "donjuanismo" me sorprende, me repugna.



RIC.
RIC.